

Y aún se agita en nuestra mente el estro ;  
aun vamos a luchar sin desconfianza ;  
sentimos que tú estás al lado nuestro,  
y no nos abandona la esperanza,  
¡ oh mi señor, mi padre, mi maestro !

Septiembre 13 de 1913.

ARENGAS LIRICAS

## EN EL BOSQUE SAGRADO

Chapultepec, 8 de septiembre.

Una inmensa inquietud, un largo duelo,  
un temblor en las almas y en las cosas,  
un reteñido suelo  
con púrpura de sangre y no de rosas;  
un agitado y angustioso anhelo  
ante el futuro, cuya sombra avanza,  
como una gran tormenta; un hosco cielo  
que envuelve en las tinieblas de su velo  
el último fulgor de la esperanza.  
Un pueblo a quien impulsa, en el camino  
del mal y del dolor y de la muerte,  
la ráfaga siniestra del Destino;  
un pueblo heroico y fuerte  
que, atacado de insólita locura,

se lanza al laberinto de la suerte,  
ebrio de libertad y desventura.

Esta es la patria de hoy, este el momento  
de febril iracundia en nuestra historia,  
de infortunio, martirio y sufrimiento;  
mas esta obscura patria es transitoria;  
alzad, por sobre el fango, el pensamiento;  
el oro ha de fulgir sobre la escoria;  
la luz del astro ha de triunfar del viento;  
es preciso gastar entendimiento,  
voluntad y memoria,  
en reconstruir el blanco monumento;  
esta es solemnidad propiciatoria:  
hagamos el bendito juramento:  
ha de volver, con poderoso aliento,  
la patria del trabajo y la victoria,  
la patria del amor y el sentimiento,  
la patria del honor y de la gloria.

Lo juramos bajo este firmamento  
que se deshace en claridad; en esta  
hora de pesadumbre y desaliento,  
hora amarga y funesta,  
en la que, presintiendo su agonía,  
la pobre patria exangüe se recuesta  
en el seno de la melancolía.

Lo juramos: puedes estar de fiesta,  
frondaje milenario; prende flores  
a tus viejos *ahuehueltls*; que la orquesta  
alada de tus pájaros cantores  
alce un himno ruidoso que despierte,  
con sus ecos triunfales,  
las vidas que vencieron a la muerte,  
las sombras de los niños inmortales.  
Que así crece, del tiempo en la distancia,  
salvando de la edad el negro abismo,  
el sublime episodio de una infancia  
que mezcló a su candor el heroísmo.

Cayó la sangre aquí, la generosa  
sangre vertida en aras del decoro:  
pero, al brotar, tornóse luminosa,  
y al recibir del sol la flecha de oro,  
cada gota de sangre se hizo rosa.

Fue una gran injusticia la que quiso.  
de la guerra cruel en los festines,  
arrancar del umbral del paraíso  
la turba de risueños serafines,  
transfigurados, cuando fue preciso,  
en fiero batallón de paladines.  
; Bosque sagrado, canta!  
; Tierra de mis mayores,  
tú, que sentiste la extranjera planta,

siente nuestros dolores,  
y, como oración mística, levanta  
el himno de tus pájaros cantores;  
y, para honrar una memoria santa,  
vuélvete toda flores!

¡Día azul que ves nuestros afanes,  
que embelleces los llanos y los montes,  
y alzas en nuestros vastos horizontes  
la visión de cristal de los volcanes,  
cobija en tu esplendor a nuestros manes,  
sé maternal, prodígales cariños,  
—mártires fueron de la lid injusta—  
y besa con tu luz la sombra augusta  
de los sublimes niños!

Después, danos aliento  
para cumplir el sacro juramento;  
esta es solemnidad propiciatoria;  
alcemos corazón y pensamiento;  
para alcanzar las cumbres de la historia  
es fuerza reconstruir el monumento;  
el oro ha de fulgir sobre la escoria;  
revivamos, momento por momento,  
la patria del amor y el sentimiento,  
la patria del honor y de la gloria.

¡Niños sublimes: vuestra heroica y tierna  
pasión nos estimula todavía!  
Por más llena de horror, por más sombría,  
Noche, no eres eterna.  
Esperamos en pie.—¡Volverá el día!

FRENTE AL MONUMENTO DE JUAREZ

Y fue del seno de la noche oscura  
de una raza infeliz, heroica y triste,  
del que brotó, serena, tu figura.

No, efímero relámpago, prendiste  
por un instante al horizonte, el fuego  
de un sideral y lívido amatiste.

No relumbraste en la tiniebla, y luego  
extinto tu fulgor, quedóse el mundo  
más hirviente de sombras y más ciego.

No, señor; fue tu brillo, en lo profundo  
de la terrible noche de la raza,  
hundida en un sopor meditabundo,

perenne antorcha que el pavor rechaza;  
fanal insomne que a los vientos reta;  
astro que resplandece y amenaza.

He aquí por qué la multitud inquieta  
agítase; y estamos frente a frente,  
tú, la inmortalidad, y yo, el poeta.

Inmenso y grave tú; yo, reverente  
y humilde; tú, marmorizado ensueño;  
yo, voz que canta y átomo que siente.

He aquí llegar con religioso empeño  
a ti—lo grande, el símbolo que dura;—  
al hombre—lo que pasa, lo pequeño.—

Pero al pasar su pequeñez, depura  
la vida; y de tu carne, ayer morena,  
hace hoy, por fin, escultural blancura.

Y no se alza tu imagen más serena,  
ni más radiante está de lo que entonces  
fue en medio a la tenaz lucha terrena.

La puerta del no sér giró en sus gonces,  
y entraste tú, llevando hasta la muerte  
el color y la fuerza de los bronces.

Y así, señor, quisiste engrandecerte,  
y penetrar severo en el combate;  
y así, morir en él, tranquilo y fuerte.

¡Late, soberbio mármol!, late, late,  
cual si tuvieses corazón; te lleva  
el pueblo en su alma como a dios penate,

y tu memoria en cada hogar renueva  
la gran veneración por el que pudo  
surgir del negro fondo de la gleba;

por el que fue una voz del triste y mudo  
genio del conquistado que aun se asombra  
con la feral visión del férreo escudo;

y por aquel que el indio llama y nombra,  
cuando quiere mirar, como Tobías,  
a un ángel blanco en medio de la sombra.

Tramontaron los soles de tus días  
penosos, y el Derecho, tu bandera,  
ampara nuestras dulces alegrías.

El azul de tu cielo reverbera  
con flamante esplendor, con el anhelo  
de dar al aire luz de primavera,

oro y diafanidad, para que el vuelo  
de las almas se bañe en la infinita  
claridad milagrosa de tu cielo.

Todo florece en paz—la paz bendita;  
la paloma del arca que atraviesa  
la nube, y la esperanza resucita.—

Brilla tu monumento en la turquesa  
del fulgor matinal, y hasta el ramaje  
parece que se inclina y que te besa.

En ti reposarán de su viaje  
azul, las golondrinas bulliciosas,  
sacudiéndose el polvo del plumaje.

Hasta ti llegarán las mariposas,  
y te enviarán perfumes en el viento  
los rojos incensarios de las rosas.

Vela en la majestad del monumento,  
gran héroe de la Ley, como en la vida:  
recogido en un noble pensamiento.

Del bloque mismo en el que fue esculpida  
tu imagen, evocaron los cinceles  
el simbólico grupo que te cuida.

Y en la blanca materia, tus laureles  
se vuelven perdurables, y así miras  
que la Patria y la Gloria te son fieles.

No provocas temor ni odios inspiras;  
pero quedó sobre tu ceño adusto  
el resplandor de las sagradas iras.

Salvaste a la República en tu agosto  
deber. Señor, estás aquí por eso,  
y porque fuiste grande y fuiste justo.

En tus hombros de Atlante cayó el peso  
del porvenir; tuviste la energía  
de conducir un mundo hacia el progreso

a través del dolor y la agonía.  
—La Patria, al recordar tus heroísmos,  
se estremece de orgullo todavía.

Porque entre sus terribles cataclismos  
y sus fastos gloriosos, señor, eres  
como una luz que alumbra los abismos.—

Ni el odio temas, ni el olvido esperes:  
no es efímera y vana tu grandeza.  
¿Vive la Libertad? Pues tú no mueres.

La apoteosis inmortal empieza;  
la de tu raza en ti, la que parece  
una gran sombra en una gran tristeza.

La que, fosca y callada, languidece,  
y en su informe quimera primitiva,  
no sé qué sueños pavorosos mece.

Padre, es preciso que tu raza viva;  
ella fue heroica como tú; es preciso  
que recobre la fe tu raza altiva.

Padre, de tu cabaña, de improviso,  
salió firme, tenaz, clarividente,  
como con un fulgor de paraíso,

tu alma indígena... Entonces, en Oriente  
hubo aurora, y el sol de tus montañas  
con flecha de oro se clavó en tu frente.

Y fuiste conductor del pueblo;—; extrañas  
vidas, las que esperáis a que el sol hiera,  
con su dardo de luz, vuestras cabañas,

mirad este alto ejemplo!—Lisonjera  
es la esperanza, ¡Oh, Padre! Pero dime:  
¿se cambiará el erial en sementera?

Tú, el hombre de la fe, la fe sublime,  
para sembrar, da nervio a nuestra mano,  
y en nuestras almas tu vigor imprime.

Que en el glorioso "excelsis" soberano,  
se cante el nombre del plebeyo fuerte,  
de austeridad viril, como un romano;

que en nuestro libre espíritu despierte  
la admiración por ti, cuya existencia  
tranquila y pura sorprendió la muerte.

Que nos envuelva, cual divina esencia,  
la Libertad, pues que también nos diste  
la santa libertad de la conciencia.

Y que en el fondo de tu raza triste  
se encienda el ideal, como en la obscura  
noche se enciende un pálido amatiste.

Que se levante siempre la blancura  
de tu soberbio mármol; que las rosas  
incensen con fragancias tu figura.



Que suban hasta ti las mariposas,  
que a ti vengan los pájaros contentos  
a sacudir las alas temblorosas.

Que te ofrezca la cauda de los vientos,  
bañados, cual las aves en rocío,  
en lágrimas de amor, los pensamientos.

Y así como en la paz, en la contienda,  
en dócil calma, o en furor bravío,  
como a una ara magnífica y tremenda,  
llegue a regar las flores de su ofrenda  
y a bendecirte, el pueblo, ¡Padre mío!

Septiembre 17 de 1910.

### AL CIELO DE MI PATRIA

¡Cielo de mi patria, cielo mío, cielo  
que apenas las nubes decoran y manchan;  
matinal prodigio de turquesa y oro,  
milagro nocturno de zafir y plata;  
tú, que eres radiante como el sueño, y eres  
misericordioso como la plegaria;  
tú, que eres profundo como es el misterio;  
tú, que eres divino como es la esperanza;  
tú, que siempre pones un anhelo, y una  
luz, sobre las frentes que a ti se levantan,  
y a los negros antros del dolor te inclinas  
a romper las sombras y a irisar las lágrimas;  
mientras que el Ocaso diluye sus púrpuras  
en fosforescentes visiones de nácar,  
quiero hablarte a solas; necesito hablarte,  
cielo de la patria!

¿Te acuerdas? Un día—hace mucho siglos—

viste que unos hombres que peregrinaban,  
hoscos y gallardos, de músculos recios,  
de carnes morenas y ojos de obsidiana,  
llegaron, quién sabe de dónde. La tierra  
era hermosa y fértil; fragantes las auras,  
azules los lagos, espesos los bosques,  
y asombrosamente bellas las montañas.  
Desgarró los aires un grito de júbilo;  
un temblor extraño sacudió las almas,  
y la tribu, llena de polvo y fatiga,  
detuvo la marcha.

¡Primitivo oráculo cumplió la promesa!  
Y el genio fecundo de toda una raza,  
realizó el obscuro destino; los dioses  
tuvieron altares.

Y así fue el Anáhuac,  
sacerdotal, áspero, guerrero y altivo...  
¿Te acuerdas, radiante cielo de la patria?

Y otro día, unos centauros feroces,  
vestidos de hierro, pisaron las playas  
ardientes del Golfo. Venían hambrientos  
de rapiñas locas y de absurdas ansias.  
El sol les ponía fugaces centellas

en las hojas de las desnudas espadas,  
en la flor plumiza de los arcabuces  
y en la enhiesta y firme punta de las lanzas.  
El sol era un velo que los envolvía;  
joyel diamantino de escudos y armas,  
cimera de rayos en los capacetes,  
y rosa de fuego sobre las corazas.  
Hijos del sol eran aquellos centauros  
de ceñudos rostros y de blondas barbas,  
que en sus estandartes de guerra, trajeron  
la piadosa insignia de la cruz cristiana.  
¡Fatídico oráculo, cumpliósese tu augurio!  
Lo vió el sacerdote cuando en lontananza  
una tarde augusta, Véspero subía  
como luminosa culebra con alas.  
En el arnés férreo se embotó la flecha;  
en mantos de plumas entró la alabarda;  
y así la codicia su sed de tesoros  
templó en sangre de héroes.

Y fue Nueva España  
claustral, pintoresca, sumisa y devota...  
¿Te acuerdas, radiante cielo de la patria?

Cielo de mi patria, ¿te acuerdas? Teñías  
el Oriente con el rosicler del alba.

Entre las estrellas cristalinas, nunca  
brilló más hermosa la de la mañana.  
En la sacristía de un templo de aldea,  
al parpadeante fulgor de una lámpara,  
el cura medita. Y una milagrosa  
luz, nimba la dulce nieve de sus canas.  
Y en lo alto, en la torre que arropan las nieblas,  
gritó:—;Despertáos!—la vieja campana,  
primero a las aves, después a los fieles,  
luego a las ocultas rebeldías trágicas.  
;Qué voz sonó entonces, que fue una promesa,  
que fue una caricia, que fue una amenaza,  
y puso en los hombres cóleras de monstruos  
y alados anhelos de voraces águilas?  
Fue una voz excelsa, fue una voz magnífica,  
fue una voz solemne, fue una voz sagrada;  
la tierra la sabe, los labios la dicen,  
y el estremecido corazón la canta.  
;Libertad! La sangre de los héroes bulle—  
como vino en una transparente crátera,  
cual óleo, en un vaso litúrgico—en esa  
divina palabra.  
;Madre generosa, tremenda sibila,  
Libertad, cumpliósse tu presagio!—Santa  
y amorosamente te acercaste a un pueblo  
a decirle:—Es hora; ;levántate y anda!

Y fue, desde entonces, México, impaciente,  
insólito, híbrido, formado de bravas  
regresiones y de viejos ideales  
que recalentaron juveniles ascuas.

—  
;Qué luchas! ;qué penas! ;qué vacilaciones!  
;qué desbordamientos de vida en la infancia!  
;qué ciegos impulsos! ;qué arrebatos locos!  
;y qué dolorosas inquietudes párvulas!  
;Labor escondida de gérmenes nuevos,  
tenaces y oscuros trabajos de savia  
que pugna en la tierra por echar al aire  
las flores, los frutos, las hojas, las ramas!

—  
;Qué príncipe intruso llegó, rodeado  
de gente traidora, de dolo y de infamia,  
en un torbellino de ambición, que era  
effímera nube de faustos y galas?  
El kaleidoscopio, que hervía en colores,  
en azul de Viena y en rojo de Francia,  
a un golpe de sombra se apagó de pronto,  
como el juego de una comedia de magia.

Un indio severo y un criollo astuto  
forjaron las últimas escenas del drama...  
¡Pobre Hapsburgo, pobre Max infortunado,  
flor de muerte de una tragedia dinástica!

Y el Destino, artista tenaz, en el bloque  
de un pueblo seguía labrando la estatua...  
El progreso tiene fecundas bondades,  
aciertos sublimes y fuerzas titánicas.  
Es hijo de Júpiter; está condenado  
a cargar los mundos sobre las espaldas;  
y así caminamos, a través del tiempo,  
sobre los seguros hombros de aquel Atlas,  
en pos de los sueños que nos prometías,  
¡oh maravilloso cielo de la patria!

Tráfagos de hormiga, zumbidos de abeja,  
hay en la República que jamás descansa;  
el yunque, chispea, el martillo, bate,  
y sopla en las lumbres del fierro, la fragua.  
Es la lanzadera del telar, travieso  
pájaro que cruza la urdimbre y la trama;

y, libertadora del esfuerzo humano,  
obediente y rítmica, labora la máquina.  
El molino insomne, colmado el granero;  
un mar rumoroso de espigas en grana;  
risueños los campos, las glebas feraces,  
y, sobre la altura de la paz mecánica,  
en vigilia grave y enérgica, un hombre  
que es, a un tiempo, héroe, tirano y patriarca.  
De pronto, unas voces, débiles y oscuras,  
uniéronse al himno claro del "hosanna."  
Y decían: "nunca seremos felices  
si la prometida libertad nos falta."  
Las voces crecieron como una marea,  
como un cataclismo, como una borrasca,  
y las multitudes, ebrias por el canto,  
a sentir volvieron las furias selváticas.  
¡Verdad que lo viste, brillante y piadoso  
cielo de la patria?

¡Cielo mío, óyeme, ya que mis hermanos,  
por la pasión ciegos, sordos por la rabia,  
no ven sino rojas visiones de sangre,  
no oyen sino el ronco fragor de las balas!  
Oyeme: despiertan primitivas cóleras,

crueles y feroces instintos de raza;  
 el dios de la tribu pide sacrificios,  
 y la tribu vuelve sacerdotal y áspera.  
 Oyeme: la vieja cólera de aquellos  
 centauros ceñudos, de amarillas barbas,  
 se mezcló a la ira de los hombres fuertes,  
 de carnes morenas y ojos de obsidiana,  
 y formó una sola violencia de monstruos,  
 un solo apetito de voraces águilas.  
 Mira, cielo mío, campos y ciudades:  
 la vida está triste, silenciosa y pávida;  
 la crueldad impera, la injusticia ríe,  
 y un temblor de muerte sacude las almas.  
 ¡Quién creyera, ¡oh cielo! que vamos de prisa  
 rumbo a los jardines de la democracia!  
 ¿Quién entre el tumulto de los oradores,  
 y entre las arengas revolucionarias,  
 al pensar en toda la sangre que vierten  
 los odios inicuos, las manos anárquicas,  
 con un hondo acento de melancolía,  
 no dirá cual Hamlet: ¡palabras! ¡palabras!...  
 Es preciso, cielo, que tú nos ayudes,  
 y al servicio pongas de la noble causa,  
 tus luces sublimes que todo lo alegran,  
 tus serenidades que todo lo encalman,  
 y tus matinales prodigios de oro,

y tus vespertinos milagros de ágata,  
 y de tus auroras los rojos hechizos  
 y las maravillas de tus noches diáfanas.  
 Cielo mío, diles a los hombres: cesen  
 vuestros frenesíes y vuestras venganzas;  
 la Libertad huye, con horror, de todas  
 las manos violentas que estrujan y matan.  
 Ante los despojos de Abel, la divina  
 Libertad no viene si Caín la llama.  
 Cielo mío, diles: mi sol es fecundo,  
 mi luz es sedante; yo soy la esperanza,  
 yo soy la belleza, yo soy la justicia,  
 yo soy el ensueño, yo soy la plegaria.  
 El amor es santo; la vida es hermosa;  
 dejad vuestras tristes y fieras vesanias,  
 llenad los talleres, volved a los campos...  
 Labrador: tu madre, la tierra, te aguarda;  
 obrero: no olvides que es tu compañera,  
 y muda e inmóvil, te invoca la máquina.  
 ¡Benditos los hombres de bondad y aliento,  
 y los que consuelan, y los que trabajan....  
 Tú, que poner sabes un anhelo, y una  
 luz sobre las frentes que a ti se levantan,  
 oye nuestras quejas, mira nuestros males,  
 cura nuestras llagas,  
 rompe nuestras sombras,

seca nuestras lágrimas,  
 limpio, radiante, profundo, sereno,  
 misericordioso cielo de la patria!

—

“Tío Sam” acecha... Tiene un gesto ambiguo,  
 que parece una nota diplomática;  
 “Tío Sam” es fuerte; su fuerza es el dólar;  
 “Tío Sam” desde hace tiempo se prepara;  
 “Tío Sam” espía desde la frontera,  
 fraguando quién sabe qué oculta amenaza.  
 ¡Ay, si proseguimos en estos horrores!  
 ¡Ay, si prolongamos estas luchas trágicas!  
 Si, desenfrenados los libertinajes,  
 de una nación libre hacen una esclava!  
 ¡Lúgubre presagio! ¿Vendrán los modernos  
 centauros, los hijos de la “Yanquilandia?”  
 Y ¿entonces?... ¡Entonces, vuélvete tinieblas,  
 y tu enfurecida tempestad desata,  
 y tu sol esconde, y haz de tus luceros  
 antorchas que humeen, extintas y náufragas.  
 Que las nubes bajen, y a los océanos  
     les pidan sus aguas,  
 y sobre la tierra que se precipiten,  
 arrastrando mundos en sus cataratas!

Entonces, entonces tus rayos enciende,  
 vomita tus fuegos, tus astros apaga,  
 cubre con tus sombras todas las vergüenzas,  
 hiere con tus iras todas las infamias,  
 tórnanos al caos, y luego... desplómate  
 ¡oh, maravilloso cielo de la patria!

Julio de 1911.